

PAPEL DE LAS NACIONES UNIDAS EN EL MUNDO

Por *Sir Pierson NIXON*. Representante
Permanente de la Gran Bretaña en la
O. N. U.

Desde la creación de las Naciones Unidas en mil novecientos cuarenta y cinco, México ha participado de manera importante en la formulación de sus propósitos y principios y en la redacción de su Carta. Su participación no ha sido interrumpida en los once significativos y a veces difíciles años de vida de la organización.

Me place aprovechar esta oportunidad para rendir un tributo de admiración y de simpatía al delegado permanente de México en Nueva York, el licenciado Rafael de la Colina, y al distinguido segundo jefe de la delegación mexicana doctor Joubanc Rivas, que representó un papel tan distinguido como presidente de un importante comité en la décima sesión de la Asamblea General.

El trabajo de la delegación mexicana ha sido reconocido recientemente con la designación del señor Espinosa Prieto como presidente de la Comisión de las Naciones Unidas para la celebración de un plebiscito en Togolandia.

Lo mismo en Nueva York que en México, nuestros contactos sobre cuestiones de interés común han sido facilitados grandemente por el profundo conocimiento que el Secretario de Relaciones Exteriores de México, licenciado Luis Padilla Nervo, ha demostrado poseer sobre los asuntos de las Naciones Unidas.

Si en algunas cuestiones nuestras respectivas delegaciones se han visto obligadas, de manera inevitable, a votar en sentido opuesto una a

otra, esto no ha disminuído, en manera alguna, el respeto que cada una de ellas siente por la opinión de la otra.

En los objetivos esenciales de las Naciones Unidas, el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales, el fomento de las relaciones amistosas entre las naciones, el logro de la cooperación internacional para la solución de los problemas internacionales y la armonización de las acciones de los Estados miembros . . . en la persecución de esos fines, estamos perfectamente compenetrados y unidos.

Orígenes de las Naciones Unidas

Entramos ahora en la segunda década desde la creación de la Organización de las Naciones Unidas al final de aquella terrible convulsión de la Segunda Guerra Mundial. En el mundo se han producido grandes cambios desde que, hace once años se escribió en San Francisco la Carta de las Naciones Unidas. Lo que ocurre en las Naciones Unidas refleja lo que ocurre en la escena mundial, y naturalmente estos cambios han sido reflejados en las Naciones Unidas también.

En mil novecientos cuarenta y cinco las naciones victoriosas en la guerra contra la agresión nazi y fascista habían quedado debilitadas. Todos los beligerantes habían sufrido grandes pérdidas de hombres y de material. El mundo pasaba por un estado de cambios; en toda Asia estaban naciendo nuevos Estados, lo mismo en el Medio que en el Lejano Oriente. Era un escenario cambiado y cambiante.

En estas circunstancias parecía llegado el momento propicio para tratar de formar una organización internacional efectiva para la preservación de la paz y de la seguridad. Este fué el impulso para la fundación de las Naciones Unidas — una organización destinada a unir a las naciones del mundo sobre una base de igualdad para conservar la paz y promover la libertad, la independencia y la prosperidad de todos los países del mundo. Esta tenía que ser una organización mejor, más fuerte y más efectiva que la Sociedad de Naciones de antes de la guerra.

La respuesta, especialmente en la América Latina, fue entusiasta.

Concepción de las funciones de las Naciones Unidas

En la concepción de sus fundadores, las Naciones Unidas habían de tener tres funciones principales. Enfrentarse con las amenazas a la paz y reprimir los actos de agresión. Actuar como centro de conciliación.

Servir de lugar de reunión mundial para armonizar los progresos económicos y sociales de la humanidad.

Las elevadas esperanzas de los fundadores no se han realizado plenamente: la Organización de las Naciones Unidas no ha podido actuar en el grado que se esperaba como suprema organización internacional responsable del mantenimiento de la paz mundial, aunque sería un error suponer que su obra en este respecto ha sido enteramente nula.

No es necesario que exponga razones. Bastará con observar que el conflicto ideológico y de la política por el poder que ha perturbado el mundo en los últimos diez años ha complicado grandemente esta tarea básica de las Naciones Unidas. Esta asociación voluntaria de naciones de todo el mundo sólo puede progresar si hay acuerdo entre sus miembros.

La Organización de las Naciones Unidas está formada por Estados independientes, soberanos y su capacidad de acción depende del acuerdo que haya entre sus miembros. Infortunadamente, el acuerdo entre las potencias más importantes no ha alcanzado un grado suficiente para permitir al Consejo de Seguridad cumplir de una manera plenamente efectiva el papel que se le señala en la Carta como el órgano con la principal responsabilidad para el mantenimiento de la paz y de la seguridad.

No obstante, se han conseguido resultados positivos. La lucha que estalló entre Israel y los Estados árabes después de la creación del Estado de Israel en mil novecientos cuarenta y siete cesó como resultado de una intervención efectiva de las Naciones Unidas, que merecen también gran crédito por su éxito en mantener desde entonces —aunque de una manera precaria— un armisticio.

La agresión contra Corea del Sur por los coreanos del Norte fué combatida por las Naciones Unidas y la agresión acabó siendo repelida. Esta fue una acción notable y, creo yo, *única* en el plano internacional. Por primera vez en la historia de la humanidad una organización internacional, después de recusar por completo el concepto de la agresión, actuaba en virtud de aquella creencia cuando el principio era puesto a prueba.

Es motivo de grave desilusión que, debido al conflicto ideológico y de política por el poder al cual he hecho referencia, las Naciones Unidas no hayan podido ejercer de una manera más efectiva sus responsabilidades respecto al mantenimiento de la paz. No obstante, en el curso de los años y a pesar de aquellas dificultades, han tenido éxito en la

esfera de la conciliación al tratar un cierto número de situaciones complicadas y potencialmente peligrosas.

Ustedes recordarán que poco después del final de la última guerra, las Naciones Unidas pudieron resolver la situación en las fronteras del norte de Grecia y arreglar la retirada de tropas de Irán. Recordarán también las dificultades con respecto a las antiguas colonias de Italia en Africa, la disposición de las cuales provocaba serias divergencias entre las potencias mayores. Por medio de procesos de discusión y de conciliación en las Naciones Unidas, esas diferencias fueron solucionadas y nació el Estado independiente de Libia.

Actualmente las Naciones Unidas están ejerciendo de manera efectiva su función en el campo de la conciliación en el conflicto entre Israel y los Estados árabes. El creciente ritmo en el surgimiento de incidentes en los confines en el curso de los últimos doce meses ha aumentado la tensión en aquella zona hasta un punto perturbador.

Las Naciones Unidas tienen allí una triple responsabilidad. En primer lugar, el Estado de Israel fue creado bajo los auspicios de las Naciones Unidas. En segundo lugar, hay un equipo de las Naciones Unidas en el lugar mismo con la responsabilidad de tratar de que se cumplieran efectivamente los acuerdos del armisticio. Y, finalmente, las Naciones Unidas tienen una responsabilidad general en aquella zona debido a su obligación de contribuir al mantenimiento de la paz.

Nos pareció en Nueva York que una persistencia de la tensión en los confines amenazaría la paz y la seguridad. Fué teniendo en cuenta estas consideraciones que el Consejo de Seguridad, a principios de este mes, por una resolución adoptada por unanimidad invitó al Secretario General de las Naciones Unidas a hacer una investigación y a tratar de llegar con las partes a arreglos prácticos que mejoren las condiciones en las fronteras y reduzcan la tensión en la zona.

Todos esperamos que con buena voluntad por parte de todos, tendrá éxito en su importante misión.

Este es un ejemplo corriente de cómo las Naciones Unidas pueden actuar de manera efectiva en el campo de la conciliación y el mantenimiento de la paz.

Lugar de reunión mundial

Paso ahora a tratar del gran papel que las Naciones Unidas han representado y espero que seguirán representando, cada día en mayor

medida, como lugar de reunión mundial. En mil novecientos cincuenta y seis las Naciones Unidas se encuentran convertidas en una organización casi completamente universal. En su última Asamblea General el número de sus miembros pasó de sesenta a setenta y seis.

Es muy significativo que ese importante progreso se haya producido bajo la presidencia de un distinguido hombre de la América Latina, el señor Maza, de Chile. Existen todavía algunos países que no están dentro de la organización, pero ésta puede ya decir que después de las últimas admisiones, en un sentido verdadero, es una organización universal.

Entra en la segunda década de su vida con una vitalidad renovada y con valor aumentado como lugar de reunión mundial, en la cual la naturaleza de las fuerzas en juego en la escena del mundo pueda ser reflejada y valorada.

Naturalmente, por el hecho de ser un lugar de reunión en una escala casi universal, en el curso de sus debates se exponen puntos de vista opuestos sobre cuestiones muy importantes.

Para poner un ejemplo citaré una cuestión que divide a las Naciones Unidas y sobre la cual hay divergencias indudablemente sinceras y honestas. También hay, si se me permite decirlo así, cierto grado de incompreensión. Me refiero a lo que comúnmente se llama "colonialismo".

Muchos países que adquieren territorios, ya sea por establecimiento, anexión, conquista o cesión por tratados reconocidos según el derecho internacional, se encuentran quieran o no, frente a un problema creado por la presencia de grupos raciales y étnicos incivilizados, pobres, atrasados y necesitados de una mano que los guíe, educándolos y preparándolos para satisfacer las exigencias de un mundo complejo, en progreso técnico y crecientemente activo.

Muchos países se enfrentan con problemas provocados por la diversidad de razas dentro de su territorio nacional. Las que, por conveniencia, son llamadas potencias coloniales, tienen que afrontar problemas similares en una escala mayor y más variada.

Nos sentimos comprometidos a conducir a esos pueblos menos afortunados, por etapas constitucionales, al gobierno propio y a un nivel de vida más próspero. Evidentemente, dejarles prematuramente a su propia suerte para implantar el principio del gobierno propio sería hundirlos en la anarquía y arriesgarlos a su destrucción.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, no tenemos ninguna razón para avergonzarnos de la obra de nuestro país.

No tengo más que recordar el hecho de que, desde el final de la última guerra, centenares de millones de personas que antes habían estado bajo el gobierno británico han sido conducidas al pleno gobierno propio, en la India, Pakistán, Birmania, Ceilán y otros lugares. Muy pronto, en todas partes del mundo, surgirán bajo la guía de la Gran Bretaña, nuevos Estados libres y democráticos, prósperos e independientes.

Pero hay un punto que debo aclarar y es éste. Si con razones de anticolonialismo o cualquier pretexto que implique aquellas razones basadas en la Carta de las Naciones Unidas, se atenta contra nuestros derechos soberanos y contra nuestra responsabilidad en el progreso ordenado de ciertos países hacia su pleno gobierno propio, estamos obligados a resistir contra el atentado.

No se necesita mucha reflexión para ver que al mantener esta actitud, de hecho protegemos la posición de todos los Estados que, aunque ahora no se enfrenten con el mismo problema es posible que un día se encuentren con él, aunque sea en circunstancias diferentes e imprevistas.

La integridad y la santidad del principio de la soberanía nacional tiene firme apoyo y particular respeto en los países de la América Latina, y es aún más importante y justo que sea así en una época como la nuestra, en la cual las aspiraciones nacionales reciben un estímulo tan grande. Esto es, hasta cierto punto, una cuestión de pasiones que necesitamos tratar con juicio sereno y sensato.

Progresos sociales y económicos

Esta pasajera referencia a la política británica respecto a la evolución de nuestras dependencias de ultramar me lleva a hacer mención a la importancia que nosotros atribuimos a la contribución que las Naciones Unidas están haciendo y a los progresos económicos y sociales en el mundo. Las Naciones Unidas han podido hacer mucho para elevar el nivel de vida de los países más pobres y para mejorar sus oportunidades para el fomento económico. En este mundo cambiante, este aspecto del trabajo de la organización, aunque no espectacular, es de gran importancia para la paz y el bienestar del mundo.

El Programa de Ayuda Técnica ha proporcionado conocimientos crecientes en muchos países. Los organismos dependientes especializa-

dos hacen su contribución, de lo cual todos ustedes se han dado cuenta por los muchos de ellos que tienen su representación en México y por el Centro Regional de Maestros de la UNESCO para la Enseñanza Fundamental en la América Latina, de Pátzcuaro. Para citar sólo dos ejemplos, recordaré que la UNICEF ha alimentado a los niños. Este organismo y la Organización Mundial de Salubridad están combatiendo el hambre y las enfermedades, como lo atestigua la campaña antipalúdica a la cual México se ha entregado con tanto vigor.

Las Naciones Unidas y la escena mundial

Las Naciones Unidas se preocupan de la paz, de la seguridad y de la prosperidad, las grandes cuestiones que se encuentran en la raíz de nuestros problemas de hoy.

La manera británica de tratar los problemas que se nos plantean está en armonía, si se me permite decirlo así, con el carácter británico. Es una manera pragmática: nos gusta atacar problemas específicos y nos gusta ver resultados concretos. Esta es nuestra manera de tratar los problemas en las Naciones Unidas y lo es en las discusiones de problemas internacionales que se plantean fuera de las Naciones Unidas.

Actualmente el Subcomité de la Comisión de Desarme de las Naciones Unidas se reúne en Londres para tratar de encontrar una solución a lo que quizás es el más difícil de todos los problemas. ¿Cómo podemos reducir el actual tremendo nivel de armamentos? ¿Cómo podemos evitar los grandes horrores de la guerra en esta era nuclear? ¿Cómo podríamos asegurarnos de que un programa de desarme contenga los controles adecuados para ambas partes?

Como se ve claramente por mis observaciones, en una revisión del trabajo de las Naciones Unidas, por breve que sea, es virtualmente imposible evitar referirse al conflicto ideológico que divide al mundo de hoy y que es la causa de muchos de los contratiempos y fracasos que ha sufrido el trabajo de la Organización de las Naciones Unidas. En realidad ésta ha servido y sigue sirviendo un propósito útil como foro en el cual esos conflictos y tensiones pueden encontrar una expresión libre. En los resultantes debates y discusiones, la voz de la sensatez y de la moderación puede a menudo ser escuchada.

Esto, a su vez, impone a las Naciones Unidas la necesidad de observar, entre otras virtudes, la de la paciencia.

Gracias al uso de la paciencia, combinada con la firmeza y la lealtad, la Organización de las Naciones Unidas ha conseguido los éxitos a los cuales me he referido. Los tiempos cambian y con ellos la disposición de ánimo de las naciones. Hasta qué punto esos cambios son reales, arraigados y sinceros, es una cuestión que exige juicio cuidadoso y apreciación crítica.

Ultimamente hemos observado síntomas de cambio, lo mismo en el interior que en las relaciones internacionales, en uno de los países dirigentes de la Organización de las Naciones Unidas, de cuya actitud, propósitos y acciones esa organización depende en gran manera. De la actitud de ese país depende no sólo el trabajo regular y constructivo de la organización, sino también el mantenimiento de la paz internacional y las perspectivas de progresos regulares hacia un mundo en el cual la humanidad herede plenamente la riqueza que los descubrimientos científicos y los progresos técnicos nos ofrecen.

Si nos mostramos circunspectos y cautos al valorar esos síntomas de cambio, es debido sólo a que la experiencia de los últimos años, lo mismo dentro de la organización que fuera de ella, nos ha demostrado la sensatez y la necesidad de tal prudencia. Como ya he dicho, formamos un pueblo pragmático, que tiene en cuenta más los hechos que las palabras y los gestos. Hechos y no palabras es lo que el mundo espera y con menos que hechos, nadie, ni en la Gran Bretaña ni en el resto del mundo, puede quedar satisfecho.

Pueden ustedes tener la seguridad de que nuestra manera de tratar los problemas se ajusta no sólo a la letra sino al espíritu de la Carta de las Naciones Unidas.

Lo que actualmente el mundo necesita mayormente es la consecución de una de las grandes y básicas libertades humanas: la libertad del miedo, porque es el miedo lo que produce la pérdida de aquellas otras libertades sin las cuales no puede haber dignidad ni la posibilidad de ningún progreso espiritual, moral, intelectual o material para el hombre, lo mismo como individuo que como miembro de la familia humana.

Pero acabar con el miedo y crear confianza es algo que requiere tiempo, paciencia y actividad. En un mundo dinámico, los estadistas no pueden seguir una política estática.

Los británicos de hoy, por muy conservadores que sean por tradición, se dan cuenta de que hoy día, para no retroceder es necesario mo-

verse adelante. Pasó el tiempo en que podíamos hacernos eco de los versos de José de Espronceda y decir :

“Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.”

Seguimos siendo un pueblo isleño, pero nuestra visión se fija en los horizontes lejanos y nuestros objetivos son los de un mundo de paz. Estamos profundamente convencidos de que los principios y propósitos de nuestra Carta nos señalan el camino adelante. Por difícil y largo que sea el camino, estamos seguros de que las naciones de todo el mundo progresarán mejor gracias a los métodos de discusión y de conciliación que son los que emplea la Organización de las Naciones Unidas.